

miento del Santo Oficio de la Inquisición en Nueva España...” (p. 28) expliquen la reducción de actividades en el colegio de Santa Cruz.

Sobre la influencia que las bibliotecas académicas tuvieron en la revolución intelectual de Europa en el siglo xvi cabría profundizar el estudio, ya que no puede desdeñarse la posición opuesta, o sea la que considera el retraso con que algunas universidades —la de México entre ellas— se ocuparon de proveer sus bibliotecas, mientras que la palabra del maestro y los apuntes tomados al dictado durante las clases siguieron siendo la columna vertebral de la enseñanza superior. En algunas ocasiones los libros sirvieron para perpetuar concepciones anticuadas; en otros casos, como en los textos “expurgados” de las imprentas jesuíticas, propiciaron el desarrollo de un tipo de cultura “colegial”, unificadora y universalista, pero escasamente favorable al libre ejercicio de la imaginación creadora.

Estas consideraciones nos llevarían a realizar un nuevo estudio de los libros del colegio catalogados por Miguel Mathes. Una mirada muy superficial nos informa de que se encontraban los textos fundamentales para el bachillerato de Artes o Filosofía: Súmulas, Lógica, Filosofía y Quodlibetos (o *Quaestiones quodlibetales*). También existían varias colecciones de sermones (que seguramente usarían los frailes y no los colegiales); una Biblia, textos de Derecho canónico (que nunca se estudió en Tlatelolco), comentarios al libro de las Sentencias de Pedro Lombardo, Geografía de Tolomeo y otras obras piadosas y filosóficas. Sin duda fue una biblioteca excepcionalmente bien provista para lo que se consideraba necesario en su época. Al mérito de su antigüedad ha de añadirse, pues, el de su calidad, conservación e identificación, así como el de haber recibido la cuidadosa atención de un bibliófilo que nos ha facilitado tan interesante material.

Pilar GONZALBO AIZPURU  
*El Colegio de México*

C. A. HUTCHINSON, *Valentín Gómez Farías, la vida de un republicano*. Guadalajara, UNEP, 1983. 402 pp.

Esta obra sobre nuestro popular y conocido “apóstol liberal” yacía olvidada desde 1948 en el inmenso cementerio de las tesis,

de donde la rescataron Marco Antonio Silva y Nettie Lee Benson. No deja de ser un hecho sorprendente y una lástima que el trabajo traducido fuera el original de 1948, cuando su autor trabajó por décadas en su tema y sabemos que pulió, amplió y revisó lo que fuera su disertación doctoral. No puede haber la menor duda que cuando Hutchinson la redactó no tenía el amplio conocimiento de la época que llegó a tener después de hurgar y volver a hurgar el Archivo de don Valentín y si recordamos lo complejo de la época y lo poco que sabemos de ella, lo lamentaremos aún más. Para el estudiante graduado que era entonces Hutchinson, debe haber sido toda una prueba abrirse paso entre la maraña de correspondencia y redacciones políticas, filosóficas y religiosas de tan difícil manejo, pues el exceso de cuidado hizo que don Valentín guardara muchas veces varias versiones hasta de notas sin importancia, no se diga cuando se trataba de un plan o alegato importante. A pesar de que su autor no consideró que la disertación estuviera lista para la imprenta, la obra resulta más explicativa y reveladora que todas las apologías que ha merecido el ilustre jalisciense, gracias a que no es un refrito, sino el producto de un trabajo serio, que se supo beneficiar de la rica colección documental reunida por Genaro García y custodiada en la Universidad de Texas.

Parte de ese grupo brillante de hacedores del México independiente, don Valentín fue el más testarudo, gracias a lo cual pudo destacar en él. Con una actividad hoy casi incomprensible, participó en la vida política de México desde la consumación de la independencia hasta casi la consumación de la Reforma, pues murió en 1858. Médico por profesión y político por vocación, a Gómez Farías lo caracterizaba un ansia infinita de saber que lo hizo interesarse en todo conocimiento, información o invención. Austero y laborioso, con recios valores y un firme ideal de libertad, parecía totalmente fuera de lugar en aquella sociedad exhuberante que se negaba a olvidar su pasado de contradictoria opulencia, para no tener que enfrentar su triste realidad de nación pauperizada, incapaz de defenderse en medio de aquella rebatiña imperialista, de mediados del siglo XIX. Algunos tal vez todavía querrían sostener hoy, que si don Valentín se hubiera salido con la suya, otro gallo nos hubiera cantado. Eso resulta harto improbable dada la personalidad del liberal mexicano; hombre de ideas fijas y, por lo tanto, inflexible, era capaz de inflamar de pasión hasta en los medios populares e impulsar la acción de revoluciones profesionales como Urrea o Mejía, pero cuando llegaba al poder le costaba sostenerlo, pues

su misma firmeza lo hacía entrar en conflicto incluso con sus ardientes seguidores. Hutchinson fue perceptivo al escribir que "sus virtudes lo hubieran convertido en un ciudadano ejemplar en la Nueva Inglaterra puritana", pero en el México de los 1830s y 1840s lo hacían inaceptable a veces hasta para los mismos liberales.

La caracterización que hace Hutchinson de su transformación de reformista en revolucionario, después del primer fracaso y de revolucionario en profeta, después del tercero, parece muy explicativa del proceso de su actividad política. Parece que el pensamiento político de don Valentín había llegado a su mayor lucidez en 1833, cuando después de una carrera en constante ascenso fue electo vicepresidente y quedó a cargo del ejecutivo, lugar que desempeñaría más tarde otras dos veces, en 1840 y en 1846-47. Fue una desgracia para él y seguramente para el país, que fracasara en 1833 pues sin duda el destierro le hizo perder algo de la lucidez que nos pinta Mora en su *Revista Política*, aunque le diera gran amplitud de horizontes a sus ideas políticas. Y en verdad es impresionante la extensa información que se procuraba don Valentín; sus hijos le traducían toda clase de noticias sobre acontecimientos europeos y norteamericanos, hecho que le permitía juzgar los sucesos mexicanos dentro de un contexto muy real; por eso, a diferencia de Paredes, siempre vio la guerra con Estados Unidos como algo inevitable para lo que había que prepararse. Tal vez todo ese amplio contexto determinó su actitud poco nacionalista ante el conflicto con Francia en 1838, que tanta desconfianza y antipatía le ganó en el mundo político mexicano, que empezó a sospechar de sus intenciones recordando su actitud original de conciliación hacia los líderes texanos.

Por su enorme fe liberal, parece comprensible que don Valentín se mantuviera fiel a su bandera y sufriera con paciencia persecuciones y exilios, pero lo que resulta en verdad sorprendente es que su esposa e hijos, naturales y políticos, lo secundaran con tanta lealtad, sobre todo porque el práctico estadista, que de inmediato hacía cuentas sobre lo que el gobierno podía o no gastar, era incapaz de sujetar los gastos de su familia a sus miserias y se daba el lujo de poner tutores de idiomas a sus hijos, cuando vivía de la caridad y en el exilio.

Hay algunos puntos en que Hutchinson debió haber hecho una explicación más convincente en su versión más tardía. No creo, por ejemplo, que al mencionar el expansionismo sostuviera más tarde: "para los historiadores mexicanos Estados Unidos era una nación que desde los días de la independencia mexicana contempló

con ojos ambiciosos los inmensos territorios... Esto es verdad, hasta cierto punto, aunque se puede argumentar que Estados Unidos comenzó a expandirse *no por designio gubernamental, sino mediante la empresa privada*. Estados Unidos no avasalló con tropas inermes fronteras de sus estados vecinos como en el caso de la expansión alemana". Aunque desde luego existen historiadores que sostendrían una opinión semejante, después de estudios como los de Merk, Weinberg, Price y otros, hasta los libros de texto han cambiado y aunque no se pueda negar que el expansionismo aunque fuera un movimiento espontáneo, no se deja de reconocer que haya sido manipulado desde Washington; por otra parte, las tropas de Taylor que avanzaron sobre el Bravo lo hacían violando un territorio que, en el mejor de los casos, estaba en disputa y que todos honestamente sabían que ni remotamente pertenecía a Texas, de suerte que su comentario final, todavía tan de posguerra, es muy convincente. La polémica con el Padre Cuevas, que sigue el autor a través de su obra, también nos hace conscientes del paso de cuatro largas décadas; es curioso que en la década de 1940 alguien se molestara todavía en defender a Gómez Farías de los ataques del exagerado Padre. En cambio resulta convincente la aclaración de la posición de Gómez Farías hacia los texanos.

Nos encantaría ver la versión posterior, pues si el autor fue capaz de hacer un libro en 1948, tiene que haberlo mejorado en forma considerable. Escribir una biografía es una de las pruebas más difíciles que puede emprender un historiador, pero un personaje como don Valentín resulta muy escurridizo, sobre todo cuando se le quiere mostrar de una sola pieza; humano, al fin, sostuvo firmemente sus valores, trató de servir lealmente a su patria, pero no dejó de sentir la ambición política y, a pesar del puritanismo que le llevaba a cuidar los caudales de la nación, cuando tenía oportunidad de tomar el poder, no dudaba en aceptar los préstamos ruinosos que le ofrecían sus amigos usureros y cuando Santa Anna le era indispensable para volver al poder, dejaba que lo convencieran sus amigos de su regeneración a pesar de doce años de arbitrariedades, traiciones e irresponsabilidad. Hutchinson aclara bien cómo el anticlericalismo de Farías no implicaba ateísmo, como pensaban algunos de sus contemporáneos, sino que su fe política no obstaba para que fuera un católico tan creyente que al solicitarle su buen amigo Uthink la mano de su hija, le hiciera comprometerlo a que sus nietos fueran católicos y terminara por influir en su conversión. Suponemos que con los largos años que Hutchinson dedicó a ese

periodo, también deben haberse afinado los perfiles de los personajes que rodeaban a Gómez Farías: García, Urrea, Rejón, Mejía Gómez Pedraza y, sobre todo, Santa Anna. En la versión que reseñamos, el revoltoso veracruzano aparece simplemente como traidor y sabemos que todo el material utilizado es, por lo menos, discutible, tanto porque el español Atocha como el joven Slidell querían darle importancia al papel que jugaban, como porque en el irresponsable general-presidente había mucho de la exhuberancia, viveza y atrevimiento del muy inteligente, quien cree poderle tomar el pelo a todo el mundo, sobre todo a los extranjeros. En todo caso es otra de aquellas instancias que merecen ser ponderadas.

La traducción se lee con facilidad y sólo lamentamos que las citas hayan sido retraducidas, con lo que perdieron el sabor peculiar de las expresiones del tiempo e incluso porque cambian el sentido de las relaciones. Uthink, por ejemplo, no tuteaba a don Valentín, de hecho parece haber sido una forma de uso muy restringida. Hay que llamar la atención sobre el descuido de la edición que salió con un número bastante grande de faltas de ortografía. Habrá que corregir con cuidado la reimpresión, que no dudamos se hará, por el gran interés del libro.

Josefina Zoraida VÁZQUEZ  
*El Colegio de México*